

jueces del pueblo son llamados los *hijos* del Altísimo, ps. LXXXI, 6. Este título parece designar á los ángeles. Ps. LXXXVII, 7, Dan., II, 92; Job, I, 6, etc.

En el nuevo tiene una significación mas sublime: designa una adopción mas íntima y benéficos mas preciosos que los que Dios se había dignado conceder á los judíos; S. Pablo se sirve de esta reflexión para excitar á los fieles al reconocimiento para con Dios y á la pureza de costumbres. Rom., VIII, 14 y sig.; Galat., IV, 22, etc.

**HIJOS CASTIGADOS POR EL PECADO DE SUS PADRES.** Muchos filósofos modernos han decidido que cuando se pone en cuestión si Dios puede sin injusticia castigar á los *hijos* por el pecado de su padre y en qué sentido, se hace una pregunta vergonzosa y absurda; han querido probarlo con una máxima del *Espíritu de las leyes*: nosotros apelamos de esta decisión.

Un soberano tiene el derecho de degradar á un caballero hidalgo, de confiscarle sus bienes, y de enviarse al suplicio por el crimen de rebelión; sus *hijos* nacidos y los que aun han de nacer quedan privados de la nobleza, de la herencia y de la fortuna de que hubieran gozado sin el crimen de su padre: sufren, pues, la pena de él, y en esto nada hay de injusticia. Interesa al bien común que un criminal pueda ser castigado, no solamente en su persona, si que tambien en la de sus *hijos*, que le deben ser muy caros; esto es un segundo freno contra el crimen. Con mucha mas razon puede Dios obrar del mismo modo.

Verdaderamente sería una crueldad el condenar á muerte á los *hijos* á causa del crimen de su padre; solo un tirano es capaz de esta barbarie. Los soberanos, los magistrados no tienen derecho de vida y muerte mas que para castigar un crimen personal; el bien de la sociedad no exige nada mas; no pueden indemnizar á un *hijo* de la pérdida de su vida; quitándosele, tal vez privarían á la sociedad de un miembro, que la hubiera servido útilmente en lo sucesivo. Dios, al contrario, es el Soberano Señor de la vida y de la muerte: independientemente de todo crimen, puede resarcir ó indemnizar en la otra vida á aquellos que priva de la vida presente: él solo sabe proveer al bien general de la sociedad, y reparar sus pérdidas. Es, pues, falso que Dios sea injusto en ningún sentido, cuando castiga de muerte á los *hijos* á causa del crimen de su padre.

Había dicho á los judíos: «Yo soy el Dios fuerte y celoso, que busca la iniquidad de los padres sobre los *hijos* hasta la tercera y

cuarta generación de aquellos que me aborrecen.» Exod., XX, 5; Deut., V, 9. Los había amenazado con hacerlos perecer á causa de sus pecados y de los de sus padres. Levit., XXVI, 39. Sin embargo por Ezequiel parece decir lo contrario: este profeta emplea un capítulo entero en refutar el proverbio de los judíos cautivos en Babilonia: «Nuestros padres comieron el racimo verde, y nosotros sufrimos la dentera.» Les sostiene de parte de Dios, que esto es falso, y les opone esta máxima absoluta: «El que pecare, aquel morirá: yo juzgaré á cada uno según sus obras.» Ezequiel, XVIII. ¿Cómo conciliar estos diferentes pasajes? Muy fácilmente: aquí se trata de los adultos y no de los *hijos* de tierna edad: esto es claro por los términos en que dichos textos están concebidos. Dios amenaza castigar hasta la cuarta generación de aquellos que le aborrecen, á los que imitan los pecados de sus padres, y no á los que de ellos se corrigen; por consiguiente Ezequiel sostiene á los judíos cautivos que ellos llevan la pena, no de los pecados de sus padres, sino de sus propios crímenes; que si ellos se emiendan, Dios cesará de afligirlos. Hé aquí la refutación de la máxima de los judíos modernos, que dicen que en todas sus calamidades entra siempre á lo menos una onza de la adoración del becerro de oro.

Esto no quita que los *hijos* de tierna edad se hallen envueltos en un azote general, tal como el diluvio, la ruina de Sodoma, un contagio, etc. Sería necesario un milagro para que esto no sucediese, y Dios ciertamente no está obligado á hacerlo.

**Hilario (San).** Obispo de Poitiers, doctor de la Iglesia, muerto en el año 368, escribió principalmente contra el arrianismo; hizo tambien comentarios sobre los salmos y sobre el Evangelio de S. Mateo. S. Jerónimo, que hacia grande aprecio de sus obras, le llamaba el *Rodano de la elocuencia latina*. D. Constant, benedictino de S. Mauro, nos dió una bella edición de este Padre, en folio, en 1693; el marques de Sapon Maffei la hizo reimprimir en Verona en 1730 con adiciones.

Barbeyrac, que ha buscado con tanto cuidado errores de moral en los escritos de los PP., no echa en cara ninguno á S. Hilario; mas M. Huel, *Origenian.*, I, 2, g. 6, n. 14, ha contado á este santo doctor en el número de los PP. á quienes acusa de haber creído que el alma humana es material; no da por prueba de ello mas que un solo pasaje sacado del comentario de S. Hilario sobre S. Mateo, c. 5, n. 8, col. 632 y 633. El sabio editor de este Padre le ha justificado completamente, no

solamente en una nota sobre este lugar, sino en el prólogo, § 9, p. 75; y cita muchos pasajes en los cuales este santo doctor enseñó clara y terminantemente la inmortalidad del alma.

**Hilario (San).** Arzobispo de Arles, murió el año 449. Había tenido estrecha amistad con S. Agustín. En 437 le escribió con S. Próspero para exponerle los errores de los semipelagianos; S. Agustín les dirigió por respuesta sus libros de la *Predestinación de los Santos* y del *Don de la Perseverancia*. Es necesario comparar exactamente estos diversos escritos, si se quiere tener una idea exacta del semipelagianismo y de la doctrina de S. Agustín sobre la predestinación. *Vase* SEMIPELAGIANISMO. La mayor parte de las obras de S. Hilario de Arles se han perdido: lo que de ellas nos resta, se publicó en 1791 por Juan Salinas, canónigo regular de S. Juan de León.

\* **Himeno.** Sostenía en el primer siglo que la resurrección no tendría lugar. Se hizo pocos partidarios.

**Himno.** Pequeño poema compuesto en alabanza de Dios ó de los Santos, y destinado á exponer los misterios de nuestra religion; su uso es antiguo en la Iglesia. S. Pablo exhorta á los fieles á instruirse y á edificarse los unos á los otros por medio de los salmos, de los himnos y de los cánticos espirituales. *Coloss.*, III, 16; *Ephes.*, IV, 19. Plinio, en su carta escrita á Trajano, relativa á los cristianos, dice que estos se reunian el día del Sol ó sea el domingo, para cantar *himnos* (*carmen*) á Jesucristo como á un Dios. Los monjes los cantaban en su soledad. Eusebio nos enseña que los salmos y los cánticos de los monjes, compuestos desde el principio, llamaban á Jesucristo el *Verbo de Dios*, y le tribuaban la divinidad, y de ello saca una prueba contra los errores de los arrianos. *Hist. ecclés.*, I, 5, c. 28.

Este uso vino á ser un objeto de disputa en lo sucesivo. El concilio de Braga, en Portugal, celebrado el año 563, prohibió en el *cán.* 42 el cantar ninguna poesia en el oficio divino, como no fuesen los salmos y los cánticos sacados de la Sagrada Escritura. Es de presumir que se habrían deslizado entre los fieles algunos *himnos* compuestos por autores heterodoxos ó poco instruidos, y que la intención del concilio era el hacerlos suprimir. Pero en 623 fué permitido el uso de los *himnos* por el concilio cuarto de Toledo, con condición de que habian de ser compuestos por autores instruidos y respetables. Este concilio se funda en el ejemplo de Jesucristo,

que cantó ó recitó un himno despues de la última cena, *Himno dictos*; y muy luego estos pequeños poemas vinieron á formar una parte del oficio divino. No hay noticia de que se hayan cantado en Roma antes del siglo XII: les Iglesias de Lyon y de Viena aun en el día no los cantan, como no sea á completas, y lo mismo se hace en otras partes durante los tres últimos días de la Semana Santa y en toda la semana de Pascua de resurrección.\*

Los *himnos* compuestos por S. Ambrosio para la Iglesia de Milan en el siglo IV, y por el poeta Prudencio, no son obras maestras de poesia; mas son respetables por su antigüedad, y sirven para probarnos la antigua creencia de la Iglesia. Desde el renacimiento de las letras se han hecho varios de una gran belleza; los de Santenil canónigo regular de San Victor, son celebrados. Por lo demás, las oraciones y cánticos de la Iglesia no están destinados para alargar los oídos ni la imaginación, sino para inspirar sentimientos de piedad.

**Hincmaro.** Arzobispo de Reims, muerto el año 882, dejó un número bastante considerable de obras sobre diferentes materias de dogmas y de disciplina. Fueron publicadas por el P. Simond, jesuita, en Paris el año 1643, en dos volúmenes en folio. Este arzobispo fué uno de los principales adversarios del monje Gotescalco, que renovaba los errores de los predestinacionos.

**Hiperdulia.** Culto que se tributa á la Santísima Virgen en la Iglesia católica. Esta palabra se compone del griego *hiza*, sobre, y *δουλα*, culto, servicio. Se llama *dulia* el culto que se da á los santos, *é hiperdulia* ó culto superior el que se tributa á la Madre de Dios, porque siendo esta santa Virgen la mas elevada en gracia y gloria entre todas las criaturas, es justo que se la rindan homenajes y respetos mas profundos que á los demás santos. Mas hay siempre una diferencia infinita entre el honor que nosotros la damos y el culto que dirigimos á Dios. Nosotros servimos á Dios por sí mismo, y le adoramos como á Soberano Señor nuestro; pero á los santos los honramos por Dios y como á sus amigos, como á unos personajes á quienes se dignó colmar de sus gracias, como á nuestros intercesores cerca de él. Sería, pues, una obstinación absurda el sostener que el culto tributado á los santos doroga ó echa por tierra el que debemos á Dios. *Vase* CURTO, SANTOS.

**Hipocresia.** Afección de una falsa piedad. Un hipocrita es un falso devoto, que finge una piedad que no tiene. Jesucristo cla-

mó fuertemente contra este vicio: frecuentemente se lo echó en cara á los fariseos, y les aplicó la reconvencion que Dios hizo á los judios en general por un profeta: «Este pueblo me honra con los labios, mas su corazón está lejos de mí.» *Math.*, xv, 8. S. Pablo encarga el evitar la compañía de aquellos que son piadosos en apariencia, mas no tienen el espíritu y virtud de tales. *II Timot.*, iii, 5.

Este vicio es odioso, sin duda; pero lo es aun menos que la afectación ó alarde de no hacer caso del bien parecer, de despreciar abiertamente la religion, y de violar sus leyes sin el menor recato con el pretexto de franqueza y sinceridad. El respeto exterior á las leyes de Dios y de la Iglesia es siempre un homenaje que les rinden aquellos mismos que no tienen el valor de observarlas; porque un hombre sea vicioso por carácter, no es necesario que sea también escandaloso.

Hay hipócritas en lo relativo á probidad, humanidad y celo por el bien público, lo mismo que por lo que hace á devoción, y no son los unos menos falaces que los otros; los hay hasta en punto á irreligión ó incredulidad. Estos son hombres que aparentan ser incrédulos, sin estar convencidos por ninguna prueba, y que temen interiormente á Dios contra el cual blasfeman; un déista de nuestros días los llama *los fanfarrones del partido*. Ciertamente son los mas detestables de todos los hipócritas, aunque afectan el carácter totalmente opuesto.

En general hay mucha injusticia y malignidad en suponer que todos los devotos son hipócritas, y que ninguno de ellos es sinceramente piadoso. Porque un hombre no sea bastante perfecto para practicar á la letra todos los deberes del cristianismo y todas las virtudes, porque tenga su parte de vicios y de defectos de la humanidad, no por esto se debe inferir que su religion no es mas que una hipocresía, y que interiormente ni siquiera cree en Dios. Un hombre que ha nacido con malas inclinaciones, que tan pronto resiste como sucumbe á ellas, pero que reconoce sus fallas, y se las echa á sí mismo en cara, es débil, sin duda; mas no por esto es de mala fe. El satisfacé á las prácticas de religion, porque así le está mandado, porque es un recurso contra su debilidad, y porque la violación de un deber de moral no da derecho para violar también otro. Es por lo tanto mas sincero y menos culpable que el que por medio de la irreligión procura clamar los remordimientos de sus crímenes.

Si nosotros llegásemos á inferir que un filósofo no creía en la virtud, porque tiene

vicios, todos ellos pondrían el grito en el cielo contra esta injusticia; y sin embargo todos se hacen culpables de esta misma injusticia cuando se trata de los que creen en la religion.

**Hipólito (San)**, Doctor de la Iglesia y mártir; vivía al principio del siglo III, y murió á mas tardar el año 231. Los sabios están bastante acordados en el dia en creer que fué obispo, no de Porto en Italia, como muchos antiguos lo pensaron, sino de Aden en Arabia, ciudad llamada en otro tiempo *Portus Romanus*. Había sido discípulo de S. Ireneo y de san Clemente de Alejandria, y fué uno de los maestros de Orígenes. Sus obras, que eran muy numerosas, y de las cuales hacían los antiguos mucho aprecio, han perecido en su mayor parte. Nos resta, sin embargo, de él una parte de sus escritos, contra los noecianos, un ciclo pasenal, algunos fragmentos de sus comentarios sobre la Escritura, una homilia sobre la Theofania ó Epifanía y su libro sobre el Antecristo.

El sabio Fabricio dió del todo una buena edición en Hamburgo el año 1716, en dos volúmenes en folio, con disertaciones.

**Hipóstasis**. Palabra griega que en su origen significa *sustancia ó esencia*, y en teología *persona*. Es un compuesto de *hypo*, bajo, y de *stasis*, yo soy, yo existo: de aqui han provenido las palabras *sustancia y subsistencia*. Le fe de la Iglesia es que en Dios hay una sola naturaleza, una sola esencia, y tres *hipóstasis* ó tres personas.

Como el griego *hypóstasis* y el latin *persona* significan á la letra cara ó rostro, los PP. griegos hallaron estos términos demasiado débiles para expresar las tres Personas de la Santísima Trinidad; y se sirvieron de la palabra *hipóstasis*, sustancia ó ser subsistente: por consiguiente admitieron en Dios *tres hipóstasis*, y llamaron *unión hipóstática* á la unión sustancial de la divinidad y de la humanidad en Jesucristo.

«Los filósofos, dice S. Cirilo en una carta á Nestorio, han reconocido tres *hipóstasis*: han extendido la divinidad á tres *hipóstasis*, y hasta han empleado algunas veces la voz *trinidad*; de manera que no les falta mas que admitir la consustancialidad de las tres *hipóstasis*, para hacer entender la unidad de la naturaleza divina, con exclusion de toda triplicidad en cuanto á la distinción de naturaleza, y no pretender que sea necesario concebir ninguna inferioridad respecto de las *hipóstasis*.»

Esta palabra excitó disputas entre los griegos, y mas adelante entre los latinos. En el lenguaje de algunos de los PP. griegos

parece que *hipóstasis* sea una misma cosa que sustancia ó esencia; en este sentido sería una herejía el decir que Jesucristo es una *hipóstasis* distinta de la de Dios Padre: hubiera sido lo mismo que afirmar que es de una ciencia ó naturaleza diferente; mas no todos los griegos la entendieron del mismo modo.

Para refutar á Sabellio, que confundía las tres Personas divinas, y que sostenía que eran tres nombres diferentes, ó tres maneras de considerar la naturaleza divina, creyeron los PP. griegos que no era bastante decir *μία ουσια, tres persona*; temieron que se entendiese, como Sabellio, tres caras, tres rostros, tres aspectos de la Divinidad: prefirieron por lo tanto decir *τρεῖς ὑποστάσεις, tres seres subsistentes*.

Como los latinos por *hipóstasis* entendían *sustancia ó esencia*, se escandalizaron de esto; creyeron que los griegos admitían en Dios tres sustancias ó tres naturalezas, como los trinitarios. La lengua latina, menos abundante en voces teológicas que la lengua griega, no suministraba mas que una palabra para dos cosas, *substantia* para *ousia* y para *hypóstasis*, y no permitía á los latinos distinguir la *esencia* de la *hipóstasis*; por lo tanto se vieron obligados á atenerse á la voz *persona*, y decir *tres personas*, en lugar de *tres hipóstasis*.

En un sínodo de Alejandria que presidió S. Atanasio en el año 302, se explicaron por una y otra parte, y llegaron á entenderse: se vió que aunque en términos diferentes se expresaba exactamente la misma idea. En consecuencia los griegos persistieron en decir *μία ουσια, τρεῖς ὑποστάσεις*, y los latinos una *esencia ó substantia, tres persona*; como nosotros decimos aun en el día *una esencia, una sustancia, una naturaleza y tres personas*.

Sin embargo, no todos los ánimos se tranquilizaron desde luego, pues que hacia el año 376 S. Jerónimo, hallándose en el Oriente, y siendo rogado á profesar, como los griegos, tres *hipóstasis* en la Santísima Trinidad, consultó al papa Dámaso para saber lo que debía hacer, y de qué manera debía expresarse. Véase á Tillemont, t. 12, p. 43 y sig.

Hablando de un misterio incomprendible, como lo es el de la Santísima Trinidad, es siempre peligroso caer en error tan luego como uno se aparte del lenguaje consagrado por la Iglesia.

Pero es una injusticia de parte de los protestantes y de los socinianos el pretender que aquellos PP. griegos que dijeron antes del concilio de Nicea que en Dios hay tres *hipóstasis*, entendieron no solamente tres perso-

nas, sino también tres sustancias ó tres naturalezas desiguales; esto es absolutamente falso: los criticos no lo sostienen, sino atribuyendo muy inoportunamente á estos PP. el sistema de las emanaciones. Véase esta palabra.

**Hipostático**. Hablando del misterio de la Encarnación, se llama en teología *unión hipostática*, es decir, unión sustancial ó personal, la unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la persona del Verbo, á fin de hacer comprender que no es solo una unión moral, una simple habitación del Verbo en la humanidad de Jesucristo, ó una correspondencia de voluntades y de acciones, como lo entendían los nestorianos, sino una unión en virtud de la cual Jesucristo es Dios y hombre, ú Hombre-Dios. V. ENCARNACION.

**Hipostatarianos**. Herejes del siglo IV que hacían profesion de adorar al *Allísimo*, *Ὁ Θεός*, como los cristianos; mas parece que entendían por esta voz el Sol, puesto que reverenciaban como los paganos al fuego y á los relámpagos; guardaban los sabados y la distinción de las carnes como los judios; tenían mucha semejanza con los equitas ó masallanos, y los celcolas. Tillemont, t. 43, página 315. S. Gregorio Nacianzeno, *Orat.* 49, nos enseña que los *hipostatarianos* ó *hipostataros* eran judios de origen, que establecidos después de largo tiempo en la Persia, se habian dejado arrastrar al culto del fuego por los magos, pero que por otra parte miraban con horror los sacrificios de los griegos.

**Historia**. Uno de los argumentos que oponen al cristianismo los incrédulos modernos, es que su establecimiento contribuyó mucho á que se apagase la antorcha de la crítica, y se disminuyese la certidumbre de la historia. En lugar de los Jenofontes, los Tito Livios, los Polivios y los Tácitos no se ven, dicen ellos, entre los cristianos sino hombres llenos de espíritu de partido, que no refieren los hechos sino para confirmar sus opiniones; las memorias del siglo IV no son mas que inspidas relaciones. Solo dos autores apreciables pudieron prevalecer y hacerse superiores á los esfuerzos que se hicieron por extinguir sus obras, Zózimo y Amiano Marcelino; pero no se les da crédito, porque hablan mal del cristianismo y bien de los emperadores paganos.

Nuestros adversarios no pudieron explicarse mejor para demostrarnos el exceso de su prevención. Zózimo y Amiano Marcelino en nada se parecen á Jenofonte, á Tito Livio, ni á Tácito, y nada tiene de maravilloso el modo con que escribieron la *historia*. No fué

el cristianismo quien sofocó sus talentos, pues que eran paganos; acaso no tardarán los incrédulos en querer probar que fué por culpa del cristianismo el que no hubiese desde el tiempo de Augusto un poeta como Virgilio.

Es absolutamente falso que los cristianos hiciesen el mas mínimo esfuerzo para suprimir las *historias* de Zóximo y de Amiano Marcelino; lejos de poner en esto interes alguno, nosotros hallamos en ellos con bastante frecuencia armas contra los incrédulos, que sobresalieron mucho mas que estos dos autores paganos en el odio contra el cristianismo, y sentimos sinceramente que se hubiesen perdido los trece primeros libros de Amiano. Pero tambien se perdieron otras obras de autores cristianos, cuya conservacion no era muy interesante. Los santos PP. preservaron de esta misma suerte las obras de Celso y de Juliano contra el cristianismo, se salvaron del naufragio general los libros en que Tácito habla de judíos y cristianos segun las ocupaciones del paganismo, y se perdieron otras que fueron parte de su trabajo. Se puede asegurar que sin el cristianismo no tendríamos ni un solo monumento de las antigüedades profanas, que solo se conservaron entre las naciones cristianas.

El único motivo que tienen los incrédulos para venerar á Zóximo, es porque habló muy mal de Constantino y de los monjes, aunque sobre lo primero le contradigan muchos autores paganos. Pero ninguna fe les mereca el testimonio de Amiano Marcelino, cuando refiere los vicios de Juliano y el milagro que sucedió en Jerusalem cuando este emperador apostata quiso reedificar el templo de los judíos, ni en lo que dice en favor del cristianismo.

¿Es verdad que la oposición, que alguna vez se encuentra entre los autores paganos y los escritores eclesiásticos, disminuye la certidumbre de la *historia*? Nosotros sostenemos que la aumenta, porque no se contradicen en la sustancia de los hechos, sino en las circunstancias, en el carácter y motivos de las personas, sobre el bien ó el mal que resultó de su conducta, etc. Por consiguiente, la sustancia de los hechos queda ilusa: por lo demás, este es el caso de ejercer una sabia crítica, dando crédito con preferencia á los escritores que parecen mas instruidos y mas juiciosos. Si un autor cartagines hubiese compuesto la historia de las guerras púnicas, se debe creer que no vendría con Tito Livio sino en la sustancia de los hechos: y de esto se sigue que la narracion de este historiador

romano es mas cierta, porque no se halla escritor cartagines que la contradiga? Cuando los autores cristianos no están en un todo de acuerdo con los gentiles sobre un mismo hecho, es un empeño absurdo por parte de los incrédulos el querer que los últimos sean mas dignos de crédito que los primeros.

Por lo tanto, ellos son los que trabajan en apagar la antorcha de la crítica y de la *historia*, porque no tienen ninguna consideracion, ni dan crédito alguno á todo lo que choca con sus preocupaciones. En su concepto, todo lo que se escribió contra el cristianismo es verdadero, así como es falso todo lo que se dijo en su favor; los santos PP. y escritores eclesiásticos fueron todos unos entusiastas y falsarios; los paganos, magía, divinacion, sortilegios y falsos prodigios, son los autores mas sabios y mas juiciosos. Cuando nuestros críticos modernos atacan al cristianismo, todas las especies de armas les parecen meras fitulas, imposturas, armas forjadas ó apócrifas, falsas citas, falsas traducciones, calumnias, falsas citas, falsas groseras, blasfemias, invectivas y chanzas pesadas, etc. Parece que están persuadidos de que todo hombre que cree en Dios y profesa una religion es á un mismo tiempo vicioso ó insensato: si no pueden reprochar sus acciones, tratan de envenenar su intencion y sus motivos; al contrario, todo incrédulo, deísta, ateo, materialista, ó pirrónico, es para ellos un personaje respetable y sin tacha; hé aqui lo que ellos llaman la *filosofía de la historia*. Nosotros no conocemos un medio mejor para destruir enteramente hasta la idea de la *historia*.

**HISTORIA SAGRADA O DEL ANTIGUO TESTAMENTO.** Esta *historia*, escrita por autores judíos, principia en la creacion del mundo y acaba en el nacimiento de Jesucristo, recorriendo un periodo de cuatro mil años, segun el cálculo mas limitado. A pesar de la crítica temeraria de los incrédulos antiguos y modernos, y del desprecio que hablaron de esta *historia*, sostenemos que no hay ninguna mas respetable por todas consideraciones, mas sabiamente escrita, que lleve consigo mas señales de autenticidad y verdad, y en que se vea mas claramente la mano del Todopoderoso.

1º La *historia profana*, hablando en rigor, no es mas que el registro de las desgracias, de los crímenes y extravíos del género humano. Solo es interesante por las revoluciones y catástrofes: entre tanto que un pueblo crece y prospera en la calma de un gobierno sabio y apacible, nada dice de él la *historia*

*profana*: no principia á hablar de este pueblo sino cuando se mezcla en los negocios de sus vecinos, ó sufre por parte de ellos algun ataque; generalmente hablando, los malvados y poderosos hicieron mas papel en el mundo que los hombres de bien. Al contrario, el antiguo Testamento es la *historia* de la religion y del gobierno de la Providencia; la duracion de los siglos está dividida en tres grandes épocas, á saber: el estado de las familias aisladas y errantes, regidas únicamente por la ley de la naturaleza; el estado de estas poblaciones reunidas en sociedad nacional y política, y sujetas á una legislación escrita; finalmente anuncia de lejos el estado de los pueblos civilizados y unidos entre sí por una sociedad religiosa universal, y nos muestra tambien la revelacion siempre relativa á estos tres diferentes estados. Véase REVELACIONES. Un plan tan vasto como sublime no puede ser obra de la inteligencia humana; solo Dios pudo concebirlo y ejecutarlo, y nada vemos que se le parezca en ninguna nacion del universo.

2º Moisés, historiador principal, se halla precisamente colocado en el punto crítico para anudar los hechos de la primera época con los de la segunda. Un autor mas antiguo que él hubiera podido escribir el Génesis si hubiese tenido las mismas instrucciones respecto á la vida de los patriarcas, pero no hubiera podido referir los hechos consignados en el Éxodo, porque aun no habian sucedido. Un escritor mas reciente no hubiera podido hacer ni lo uno ni lo otro, necesitaba haber visto el Egipto y haber recorrido el desierto. De todos los hebreos que salieron del Egipto á la edad viril, ninguno entró en la tierra de promision sino Josué y Caleb; los otros todos murieron en el camino. Núm., xv, 3; Deut., i, 33 y 38. Estos dos hombres eran demasiado jóvenes para que pudiesen haber sido instruidos por los nietos de Jacob. Solo Moisés tuvo esta ventaja. Josué, Samuel y los demás historiadores siguientes fueron testigos oculares ó casi contemporáneos de los sucesos que refieren.

3º Los pormenores en que entra Moisés son siempre relativos al grado de conocimiento que pudo tener de ellos. Si los hechos son antiguos y remotos, su narracion es compendiosa y sucinta. La *historia* de los mil seiscientos años que precedieron al diluvio, se reduce á siete capítulos: los cuatro siguientes contienen los hechos de otros cuatro siglos hasta la vocacion de Abraham. En esta época principia su narracion á ser mas circunstanciada, porque Moisés se acercaba

á este patriarca por su bisabuelo Levi; once capítulos contienen los anales de dos mil años, y los treinta y nueve capítulos siguientes contienen solamente la narracion de la *historia* de tres siglos. No encontramos esta sabiduría en los *historias* antiguas de los chinos, de los indios, de los egipcios, de los griegos y de los romanos. Un novelista, pintando los primeros siglos del mundo, tenia bellísimo campo para dar curso á su imaginacion. Moisés nada inventa: solo dice lo que habia aprendido por una tradicion cierta y segura.

Así es que sirvió tambien de modelo á los otros escritores de su nacion: estos recuerdan la memoria de sus acciones y de sus leyes, citándole como un legislador inspirado por Dios; y por la cadena de los sucesos nos hacen ver la sabiduría de sus miras y la verdad de sus predicciones.

4º No trata, como los autores profanos, de perderse en las tinieblas de una antigüedad fabulosa: los críticos modernos se equivocan en juzgar que no dió bastante duracion al mundo; dos ó tres mil años de mas nada le hubieran costado. Tambien limita mas esta duracion, asegurando que el mundo fué renovado por un diluvio universal, sin mas distancia de su vida que la anterioridad de ochocientos cincuenta y cinco años. Si se le hubiese podido citar un solo monumento anterior á esta época, se hubiera confundido á Moisés; pero no era posible. El apoya su cronología, no en periodos astronómicos, ó en observaciones celestes que pueden forjarse como se quiera, sino en el número de las generaciones, y en la edad de los patriarcas que tuvo buen cuidado de fijar. Pinta las costumbres antiguas de las naciones con tal exactitud, que nadie pudo hasta ahora encontrarle un defecto, ni en un solo artículo; no deja ningun vacío entre los sucesos, todos están ligados y forman una cadena no interrumpida. Sus sucesores siguieron el mismo método, conduciéndolos sin interrupcion desde la muerte de Moisés hasta los siglos inmediatos á la venida de Jesucristo. Ni los unos ni los otros conceden nada de superfluo á la simple curiosidad, y no hablan de las otras naciones sino en cuanto los hechos son necesarios para apoyar ó para aclarar la *historia judica*.

5º Moisés fija la escena de los sucesos con innumerables descripciones geográficas; coloca la cuna del género humano á orillas del Tigris y del Eufrates: hace partir de las llanuras de Sennar á todas las familias para dispersarse á cada una señal su morada;

y últimamente indica las posesiones y los límites de todos los pueblos que le circundan. Para mayor seguridad expresa los monumentos de los hechos que describe, la torre de Babel, el árbol de Mambré, el monte de Moriah, Bethel, el sepulcro de Abraham, de Sara, de Jacob, y los pozos abiertos por estos patriarcas, etc. No teme que los hebreos encuentren los lugares que describen de una manera distinta de su descripción, cuando lleguen á entrar en la Palestina. Los compiladores de las *historias* de los chinos, de los indios, de los pársis, de los egipcios y de los griegos no tomaron nunca estas precauciones: regularmente no se sabió lo que refieren pasado en el cielo ó en la tierra.

La escena de los sucesos de la *historia sagrada* fué el centro del universo, punto entonces el mas conocido; por su posición el pueblo de Dios se halló en relaciones con los pueblos que mas figuraban en el mundo, con los egipcios, los árabes, los fenicios, los caldeos y los asirios: sin la *historia sagrada* apenas tendríamos idea de las costumbres, leyes, usos y opiniones de estos antiguos pueblos. Aun en el día se hallan entre los árabes escenas las mismas costumbres que reinaban en las tiendas de Abraham y de Jacob.

6º Moisés no muestra vanidad ni predilección por su pueblo: no le supone muy antiguo, ni guerrero, ni mas industrioso, ni mas fuerte que los otros pueblos. Refiere las faltas de los patriarcas con tanto candor como sus virtudes, y confiesa hasta sus propios defectos; refiere algunos rasgos ignominiosos á muchas tribus, y aun á la suya; no disimula ninguno de los vicios y desgracias de los israelitas: los acusa de que fueron y serán en todos tiempos una nación ingrata y rebelde. Algunos incrédulos tomaron ocasión de esta conducta de Moisés para despreñar á su pueblo y su *historia*; pero esto no prueba que sean hombres de buen juicio. Si los historiadores de otras naciones hubieran sido tan sinceros, veríamos en ellas mas vicios y crímenes que entre los judíos.

El mismo candor se observa en los escritores sagrados posteriores á Moisés; ellos nos muestran por un lado á Dios siempre fiel á sus promesas, velando incesantemente sobre un pueblo ingrato é intratable; por otro á este pueblo siempre inconstante, infiel é incapaz de corregirse, sino por plagas y azotes terribles. Lo que hizo en todos los siglos fué prepararnos de antemano á la conducta que observó con respecto á Jesucristo y al Evangelio.

7º Después de la salida de Egipto escribió Moisés su *historia* en forma de diario: las leyes que publica, las fiestas y las ceremonias que establece, sirven de monumento á la verdad de los hechos que refiere, y por su parte estos hechos dan razon de todo lo que prescribe. Manda á los israelitas que inscriban cuidadosamente á sus hijos: en su último libro los pone por testigos de la verdad de las cosas que los recuerda. Así los hechos, las leyes, los usos, las genealogías, los derechos y esperanzas de la nacion, está todo ligado de modo que no puede lo uno subsistir sin lo otro.

Tanto como nos asombra al ver salir de la mano de un solo hombre una legislación completa y formada por decirlo así de un solo golpe, tanto debe sorprendernos el ver que no fué preciso tocar á ella en el largo curso de mil quinientos años. Nunca se separaron de ella los judíos sin ser castigados, y siempre se vieron en la precision de volver á su observancia. Aun en el día irian á restablecerla á la Palestina y ponerla en todo su vigor, si estuviera en su mano el hacerlo. Este fenómeno no es conforme á la marcha ordinaria de la naturaleza humana, ni se ven ejemplos de este fenómeno en pueblo alguno de la tierra.

8º Por lo mismo, es cierto que ninguna nacion fijó mas su interes y su atención en conservar su *historia* con el mayor cuidado. No solamente le fué imposible tocarla y alterarla, porque no hubiera podido hacerlo sino por una conspiracion general de todas las tribus, sino que la preservaban de este atentado sus mismas pretensiones; sus esperanzas y sus preocupaciones: los judíos miraron siempre su suerte y la constitucion de su república como obra de las manos de Dios. Su último estado en la Palestina tenia una conexión esencial con la cadena de las revoluciones que habian precedido: esta cadena sube hasta Moisés; y su *historia*, así como está, hasta los patriarcas y la creacion del universo.

La *historia* de los demás pueblos solo puede interesar por curiosidad; pero la *historia sagrada* nos pone á la vista nuestro origen, nuestros derechos y nuestras esperanzas en este mundo y en la vida futura; no podemos leerla con reflexion sin bendecir á Dios por haber hecho que naciésemos en la mas feliz de todas las épocas, en que gozamos del cumplimiento de las divinas promesas y de la abundancia de gracias distribuidas por Jesucristo; el ejemplo de los judíos reprobados por Dios y castigados hace mas de diez y

ocho siglos nos hace comprender lo peligroso que es el abusar de sus beneficios.

Tambien vemos que los escritores mas instruidos y mas juiciosos son los que veneran mas la *historia sagrada*. Limitándonos á los de Francia, el autor del *Origen de las Leyes, artes y ciencias*; el de la *Historia de la antigua astronomía*; el del *Mundo primitivo comparado con el mundo moderno*, tomaron la *historia sagrada* por base de sus indagaciones, porque sin ella es imposible dar un paso en medio de las tinieblas de la *historia antigua*. ¿Qué diferencia se nota entre tan sabias obras y las frívolas disertaciones de los incrédulos, quienes no leyeron la *historia sagrada*, sino para buscar en qué emplear su censura, y juzgar de ella con toda la temeridad de una ignorancia presuntuosa!

Después de haber intentado en vano el trastornar esta *historia* por la cronología y las tradiciones de los diferentes pueblos del mundo, se hicieron de atacarla victoriosamente por medio de las observaciones de la física y de la *historia natural*. ¡Loca esperanza! Un físico mas sabio que todos ellos probó que la inspeccion del globo, principiando desde la cima de los montes mas elevados, hasta el corazón de las minas mas profundas, lejos de contradecir la *historia sagrada*, la confirma en todos sus puntos; que los diversos sistemas de cosmología formados en nuestros días para trastornar su certidumbre, son demostrativamente falsos por los mismos hechos que alegaron sus autores. Así la conformidad de la narracion de los autores sagrados con el estado actual del globo es una de las pruebas mas fuertes de la verdad de la revelacion. *Lettres sur l'Histoire de la terre et de l'homme*, 3 vol. en 8º, Paris, 1779.

Otro escritor mas reciente, al paso que buen observador, repite mas de una vez que si se quiere conocer la naturaleza como es en sí, es preciso estudiarla principalmente en la *historia* de Moisés. *Estudios de la naturaleza*, 3 vol. en 12º, Paris, 1784. Véase ESCRITURA SAGRADA, EVANGELIO, MILAGROS, PENTATEUCO.

HISTORIA EVANGÉLICA. V. EVANGELIO (Historia).

HISTORIA ECLESIASTICA. Es la *historia* del establecimiento, progresos y revoluciones del cristianismo, desde el principio de la predicacion del Evangelio hasta nuestros días, que comprende un periodo de diez y ocho siglos. El conocimiento de esta *historia* es una parte esencial de la teología, porque no es una ciencia de invencion, sino de tra-

dicion, que consiste en saber lo que Jesucristo enseñó por sí mismo ó por sus apóstoles, y cómo fué atacada y defendida esta doctrina. Por lo mismo, la *historia eclesiástica* es la continuacion de la *historia sagrada*, con respecto á la tercera época de la revelacion.

En todos tiempos sufrió contradicciones, y las sufrió siempre la doctrina de Jesucristo: los combates que la Iglesia tuvo que sostener en los siglos pasados fueron una especie de preludio de los que experimentamos en el día; y la victoria que consiguió sobre sus antiguos enemigos, nos asegura de antemano la derrota de sus adversarios modernos.

Las fuentes de la *historia eclesiástica* son los escritos de los apóstoles, de los evangelistas y de los PP. que les sucedieron, las actas de los mártires, las de los concilios y las memorias de los historiadores. Hegesippo, autor del siglo II, escribió la *historia* desde la Ascension de Jesucristo hasta el año de 133. Eusebio, que vivió en el siglo IV, tenía á la vista esta *historia* cuando escribió la suya, y la continuó hasta el año 320 ó 323. Sócrates, Sozomeno y Teodoreto la continuaron hasta cerca del año 431, y Evagrio hasta el de 394. Filostorgio, que vivía á fines del siglo IV, escribió esta misma *historia*, únicamente con el fin de favorecer al arrianismo que profesaba. Ninguno de estos historiadores pudo estar informado exactamente de lo que pasaba en las otras partes del mundo, porque todos escribieron en el Oriente.

De todos los modernos que emprendieron la misma carrera, el abad Fleury es el que escribió la *historia* mas completa: acabó en el concilio de Constanza en 1414, y era de desear que hubiera hecho tantos progresos como él su continuador, que extendió su *historia eclesiástica* hasta el año 1498. Convienen los sabios (1) en que aun el mismo Fleury tiene mucho que rectificar; despues de la publicacion de su *historia* trabajaron otros en aclarar y desenvolver algunos hechos y monumentos. El cardenal Orsi publicó en italiano una *historia* de los seis primeros siglos de la Iglesia en veinte tomos en 4º y en 8º, y en ella impugna muchas cosas de Fleury, aunque no siempre están favorables á su partido los holandés. El P. Mamachi, sabio dominico, dió á luz una obra en cinco tomos en 4º, en que hace ver los errores de los protestantes en materia de *historia eclesiástica*.

Por poco que se reflexione se admirará la Providencia de Dios en el modo de conducir

(1) Véase á Marqueti, crítica de Fleury.

su Iglesia. Según las débiles luces de la prudencia humana, las persecuciones de los emperadores y demás príncipes paganos hubieran sofocado el cristianismo en su origen, y las herejías que la atacaron en todos los siglos serían capaces de destruirla. Después de la irrupción de los bárbaros, parece que la ignorancia pudo sepultar a un tiempo la religión y las ciencias. La corrupción de costumbres, que tanto circula por todas las naciones, predispone los ánimos contra una doctrina que la condena, y hay tiempos en que parece prescribir contra el Evangelio; pero Dios, que vela sobre su obra, se vale para su conservación de los mismos borrascas que amenazan trastornarla.

El dogma, la moral, el culto exterior y la disciplina son los cuatro principales objetos que deben fijar la atención de los teólogos, cuando leen la *historia eclesiástica*. Los dos primeros son invariables; pero muchas veces parecen oscurecerse por las disputas, y es preciso seguir el hilo de las mismas para fijarse y entender el verdadero sentido de los decretos de la Iglesia que decidieron las cuestiones. El culto externo puede tener mas ó menos esplendor, y es preciso observar su conexión y sus relaciones con el dogma. La disciplina varía según las revoluciones, las costumbres, las leyes civiles y el genio de las naciones; pero nosotros vemos en ella puntos fijos é invariables, de los cuales no se separó ni se separará nunca la Iglesia.

Cuando se considera en la *historia eclesiástica* la multitud de herejías y los decretos de los concilios que las condenaron, un lector poco ilustrado será capaz de inclinarse á creer que la Iglesia inventó nuevos dogmas, de lo cual la acusan, aunque injustamente, algunos incrédulos copiantes de los herejes. Desenvolvamos las consecuencias de un dogma, explicándole en unos términos que sean capaces de prevenir las falsas interpretaciones que pueden dársele, no es inventar una nueva creencia; y esto es cabalmente lo que hace la Iglesia.

El misterio de la Santísima Trinidad, por ejemplo, estaba expresamente revelado en las palabras de Jesucristo: *Bautizado á todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, y en otros testimonios de la Sagrada Escritura. Así lo creía la Iglesia antes que los herejes le hubiesen atacado. Pero unos se empeñaron en que el Hijo era una criatura, y otros en que el Espíritu Santo era un don de Dios, y no una Persona. Para conservar en su pureza el dogma revelado, fué preciso decidir contra los primeros, que el

Hijo de Dios no es una criatura, que no fué hecho, sino engendrado antes de todos los siglos, y que es consustancial al Padre; contra los segundos, que el Espíritu Santo es una Persona que procede del Padre y del Hijo, y que es un solo Dios con el Padre y el Hijo, porque así lo enseña el Evangelio. Estas decisiones nada establecen de nuevo, sino que desenvuelven y fijan el sentido que se daba á las palabras de la Sagrada Escritura antes del nacimiento de las herejías. Lo mismo sucede con otros artículos de fe y muchos preceptos de moral, que impugnaron ó interpretaron malamente los herejes.

Si se introdujo en el culto exterior alguna nueva ceremonia, fué siempre para profesar de una manera mas clara las verdades de fe que los herejes querían poner en disputa. Así, la triple inmersión en el bautismo, el *trísagio* ó tres veces santo, el *kyrie* repetido tres veces por cada Persona divina, la *doxología* ó glorificación dirigida á las tres divinas Personas, la señal de la cruz repetida tres veces, etc., sirvieron para expresar de una manera sensible la igualdad de estas tres Personas. Algunos de estos ritos se sacaron de la Sagrada Escritura, ó vinieron de los apóstoles; otros fueron añadidos después para hacer que la profesión de fe saltase á los ojos de los fieles mas sencillos.

En el siglo XI, cuando Berengario negó la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, se introdujo la costumbre de elevar la hostia y el cáliz inmediatamente después de la consagración, para que los fieles adorasen la presencia real de Jesucristo en este sacramento. ¿Se sigue de aquí que antes no se adoraba á Jesucristo en los altares? De ninguna manera: los santos PP. del siglo IV hablan ya de esta adoración. Según las liturgias orientales, se hace inmediatamente antes de la comunión; pero probaremos que las *liturgias* son anteriores al siglo IV, aunque no se hubiesen escrito hasta aquel tiempo.

Tampoco se hizo mudanza alguna en la disciplina sin necesidad. Los cánones apostólicos redactados hacia el fin del siglo II, ó á lo menos en el III, nos muestran ya en sustancia la misma forma de gobierno que se observó en los siglos siguientes. Los concilios posteriores hicieron nuevas leyes, únicamente para reprimir los nuevos abusos que principiaban á introducirse. Cuanto mas se lea la *historia eclesiástica*, mas se notará el respeto con que la Iglesia miró siempre los ritos, las leyes y las costumbres de los primeros siglos.

En cuanto á la utilidad del estudio de la

*historia eclesiástica*, copiemos las palabras de M. Fleury. «En ella se ve, dice, una Iglesia que subsiste sin interrupción por una serie continuada de pueblos fieles, de pastores y ministros, siempre visible á la faz de todas las naciones, siempre distinta, no solo de los infieles por el nombre de cristiana, sino tambien de las sociedades heréticas y cismáticas por el nombre de católica ó universal. Siempre hizo profesión de no enseñar sino lo que recibió desde el principio, y de refutar toda doctrina nueva: si alguna vez da nuevas decisiones, y usa de palabras nuevas, no es para expresar ó formar nuevos dogmas, sino solo para declarar lo que siempre creyó, y aplicar remedios convenientes á las nuevas sutilezas de los herejes. Se tiene por infalible en virtud de las promesas de su fundador, y no permite á los particulares examinar lo que ella ha decidido. La regla de su fe es la revelación divina, que comprende, no solamente la Sagrada Escritura, sino tambien la tradición, por cuyo medio conoce la Escritura misma.

«En cuanto á la disciplina, vemos en esta *historia* una política del todo espiritual, y del todo celestial, un gobierno fundado en la caridad, que tiene por objeto la caridad pública, sin ningún interes de los que gobiernan. Son llamados por el Altísimo; la vocación divina se declara por la elección de los otros pastores é el consentimiento de los pueblos. Se les elige únicamente por su mérito, y muchos contra su voluntad: la caridad y la obediencia es lo que únicamente los obliga á que acepten el ministerio, del cual no reportan mas fruto que el trabajo y los peligros, y entre estos no es el menor el envanecerse con el afecto y veneración de los pueblos, que los miran como lugartenientes del mismo Dios. Este amor respetuoso del rebaño forma toda su autoridad; no pretenden dominar como los poderosos del siglo, y hacerse obedeciendo, y el tiempo lo habria descubierta. No se imagine que esta simplicidad fué un efecto de poco talento ó de la grosera educación de los apóstoles ó de sus primeros discípulos. Los escritos de san Pablo, mirados sencillamente y naturalmente, los de san Clemente papa, de san Ignacio y san Policarpo son dan una idea mas que mediana de su talento; y en los siglos siguientes se ve la misma simplicidad de conducta unida á la mayor sutileza de ingenio y á la elocuencia mas poderosa.

«Bien sé que todos los obispos, aun en los mejores tiempos, no siguieron con igualdad estas sagradas reglas, y que la disciplina de la Iglesia no se conservó tan pura y tan in-

autoridad tienen, tanto menos se atribuyen: tratan de hermanos á los sacerdotes y diaconos; no hacen cosa importante sin su consejo, y sin participarlo al pueblo. Los obispos se reúnen con frecuencia para deliberar juntos los negocios de la mayor entidad, y suelen con mas frecuencia comunicarse mutuamente por escrito: de este modo la Iglesia esparcida por toda la tierra no es mas que un solo cuerpo perfectamente unido en la moral, en el dogma y en la disciplina.

«La política humana ninguna parte tiene en su conducta. Los obispos no tratan de sostenerse por ningún interes personal, ni por riquezas, ni por crédito, ni por favor con los príncipes y magistrados con pretexto del bien de la religion. Sin tomar partido en las guerras civiles, tan frecuentes en un imperio electivo, reciben pacíficamente los señores que les destina la Providencia por el curso ordinario de las cosas humanas: obedecen con fidelidad á los príncipes paganos, aunque sean sus perseguidores, y resisten á los príncipes cristianos cuando tratan de sostener algún error, ó de turbar la disciplina. Su resistencia, empero, se reduce á refutar lo que se les exige contra los cánones, y á sufrirlo todo hasta el último suplicio mas bien que concedérselo. Su conducta es recta y sencilla, firme y vigorosa sin altanería, prudente sin disfraz, ni disimulo. La sinceridad es el carácter propio de esta política celestial; y como ella no trata sino de dar á conocer la verdad y de practicar la virtud, no necesita de artificios ni de recursos extraordinarios, sino que se sostiene por sí misma: cuanto mas subimos á la antigüedad eclesiástica mas remota, tanto mas vemos brillar en ella este candor y noble simplicidad, de modo que no se puede dudar que los apóstoles se la inspiraron á sus mas fieles discípulos al confiarle el gobierno de las Iglesias. Si hubiesen tenido algun otro secreto, se lo habrían enseñado, y el tiempo lo habria descubierta. No se imagine que esta simplicidad fué un efecto de poco talento ó de la grosera educación de los apóstoles ó de sus primeros discípulos. Los escritos de san Pablo, mirados sencillamente y naturalmente, los de san Clemente papa, de san Ignacio y san Policarpo son dan una idea mas que mediana de su talento; y en los siglos siguientes se ve la misma simplicidad de conducta unida á la mayor sutileza de ingenio y á la elocuencia mas poderosa.

«Bien sé que todos los obispos, aun en los mejores tiempos, no siguieron con igualdad estas sagradas reglas, y que la disciplina de la Iglesia no se conservó tan pura y tan in-

variable como su doctrina. Todo lo que consiste en la práctica depende en parte de los hombres, y se resiente de sus defectos. Pero es constante que en los primeros siglos los mas de los obispos eran segun la descripción que acabamos de hacer; y que los que no eran así, eran mirados como indignos de su ministerio. Tambien es cierto que en los siglos siguientes se propusieron siempre por norma la antigua disciplina, que se conservó ó restituyó en cuanto lo permitieron las circunstancias. Por lo menos fué admirada y deseada, de modo que los votos de todos los hombres de bien fueron siempre conformes en pedir á Dios su restablecimiento, y hace doscientos años que vemos un efecto sensible de estas oraciones. Esto sería bastante para excitarnos á estudiarla cada vez con mayores ansias.

» Ultimamente, lo que debe considerar el lector en esta *historia*, y que está mas universalmente al uso y alcance de todos, es la práctica de la moral cristiana. Leyendo los libros de piedad antiguos y modernos, y aun el mismo Evangelio, suele ofrecérseos este pensamiento; estas son bellísimas máximas; pero ¿son practicable? Pueden los hombres llegar á semejante perfeccion? Vamos á demostrar que sí: lo que se hace es realmente posible, y los hombres pueden practicar con la gracia de Dios lo que la misma hizo que practicasen tan innumerables santos, que no pasaban de la esfera de hombres; ninguna duda debe quedarnos respecto á la verdad del hecho: se puede asegurar que los hechos de la *historia eclesiástica* son tan ciertos, y aun están mas testificados que los de ninguna *historia* humana.

» En ella se verá todo lo que los filósofos enseñaron respecto á las costumbres practicadas al pie de la letra por ignorantes, por artesanos y por mujeres sencillas: se verá la ley de Moisés, muy superior á la filosofía humana, conducida á su mayor perfeccion por la gracia de Jesucristo: y si entramos un poco en los pormenores, se verán gentes verdaderamente humildes, despreciando los honores y la reputacion, contentos con pasar su vida en la oscuridad y en el olvido de los demás: pobres voluntarios, renunciando los medios legítimos de enriquecerse ó despojándose de sus bienes para vestir y alimentar á los pobres. Se verá la dulzura, el perdon de las injurias, el amor de los enemigos, la paciencia hasta la muerte y en los mas crueles tormentos, primero que abandonar la verdad; la vídrez, la perfecta continencia, la virginidad misma, desconocida hasta entonces, conservada por personas de ambos sexos, y

alguna vez hasta en el mismo matrimonio; la frugalidad y sobriedad, los ayunos frecuentes y rigurosos; las vigiliias, los cilicios y todos los medios de castigar el cuerpo y de reducirle á servidumbre; todas estas virtudes practicadas, no por algunas personas singulares y si por una multitud infinita. Finalmente, solitarios innumerables que lo renunciaron todo por vivir en los desiertos, no solo sin servir á nadie de peso, sino tambien haciéndose sensiblemente útiles por sus limosnas y curaciones milagrosas: únicamente ocupados en domar sus pasiones y en unirse á Dios, en cuanto es posible á unos hombres cargados con un cuerpo mortal. » *Primer discurso sobre la Historia eclesiástica*, n. 10 y 11.

Sería de desear que el abate Fleury hubiese notado el origen y la energia de los ritos del cristianismo con tanta exactitud como las costumbres y la disciplina, y que nos hubiese dado á conocer las antiguas liturgias tan exactamente como las obras de los PP., por que unas y otras contribuyen igualmente á probar la perpetuidad de la doctrina cristiana. Pero cuando este sabio emprendió su obra, no habia hecho por desgracia tantos progresos esta parte de la *historia eclesiástica*. Aun no se habian hecho sobre las liturgias las exquisitas y sábias indagaciones que hicieron despues el cardenal Tomasí, D. Mabillon, el abad Renaudot, el P. Le Brun, el P. Lessé, Assemani, Muratori, etc. Estos comentarios se hicieron desde entonces una parte esencial de la erudicion eclesiástica.

Aun cuando no se leyese sino para divertirse y satisfacer la curiosidad, ¿dónde hallaríamos sucesos mas variados, escenas mas virtuosas y revoluciones mas inesperadas? La *historia eclesiástica* tiene tal conexcion con la *historia civil de todas las naciones de la Europa y del Asia*, que la una no puede conocerse exactamente sin la otra. No sucedió revolucion alguna en la Iglesia que no fuese la causa ó el efecto de un trastorno en el estado civil y político de los pueblos. Sin los monumentos eclesiásticos apenas tendríamos alguna idea del origen, de las hazañas, de las costumbres y de la legislacion de la mayor parte de las naciones.

Los protestantes pudieron por interes de sistema obstinarse en decir que los que leen la *historia eclesiástica* no ven en ella mas que los vicios de los obispos, singularmente de los papas. Convenimos en que el modo con que ellos la escribieron no es muy propio para edificar á los lectores, por que solo hicieron una coleccion de escándalos. Buscaron en los anales de la Iglesia, no los talentos y

virtudes de sus preladados, sino sus vicios y defectos: no tuvieron cuidado sino de lo que podia servir para hacer odiosos á los ministros de la religion: así es que les han atribuido muchos crímenes que jamás cometieron, fraudes piadosos, un porte injusto con los herejes, y una ambicion á la cual sacrificaban los intereses religiosos, etc.; afectaron pasar en silencio las causas que introdujeron la relajacion en el clero y en los monasterios, como las incursiones y estragos de los bárbaros, las usurpaciones de los nobles despues de la ruina de la casa de Carlo Magno, la peste y las demás plagas del siglo XIV, contra las cuales no tenia recursos la prudencia humana. El desigño de estos pèrdidos escritores era el de persuadir á sus prosélitos, que desde el principio del cristianismo manifestó Dios la necesidad de una reforma, y que no la puso en ejecución hasta el siglo XVI. ¿Tan maravillosa fué esta reforma, que fué menester prepararla por un espacio de quince siglos?

Si alguna vez se vieron precisados á confesar el mérito de algun P. de la Iglesia, estos censores atrabiliarios no se cansan de aplicar á sus pasajes restricciones malignas con cierto aire de sinceridad. Cuando no se atreven á disimular lo virtuoso de una accion, tratan de envenenar sus motivos: si la conducta de algunos obispos preparó sucesos desagradables que la prudencia humana no podia prever, los hacen responsables de las consecuencias, como si estos preladados debieran tener espíritu de profecía.

Si se trata de nuestros dogmas, acusan á los PP. de haber alterado su sencillez con la mezcla de la filosofía oriental, ó las opiniones de Pitágoras ó de Platon. Si se trata de la moral, los acusan de malos maestros por haberla tratado sin orden, sin método y sin principios, y haber dado muchas lecciones falsas. Si se ven precisados á confesar su erudicion, dicen que les faltó crítica; que no supieron las lenguas orientales, ni la física, ni la historia natural; podrian tambien añadir que no estudiaron el álgebra y la geometría. Si se trata de juzgar de sus disputas con los herejes, sostienen que no los entendieron ó que les atribuyeron errores que nunca soñaron, ó que los combatieron con falsos discursos. Si se trata de exponer el culto exterior, dicen que le cargaron de prácticas supersticiosas, de ceremonias pueriles tomadas de los judios ó de los paganos para dar mas importancia á sus funciones, y lisonjear el gusto del pueblo; y que todas estas prácticas las acreditaron con fraudes piadosos, falsas tradiciones y falsos milagros, etc.

Si este cuadro fuese fiel, aunque no fuera sino á medias, sería preciso concluir que Jesucristo, en lugar de cumplir á su esposa la Iglesia lo que le habia prometido, principió, á lo mas cien años despues de su ascension, á tratarla como un señor irritado, manifestándole su aversion, y no dándole por espacio de catorce siglos mas que unos pastores capaces de descarrilarla y pervertirla. Sería preciso inferir que en tan larga duracion no pudieron los fieles conseguir en la Iglesia su salvacion eterna, y que S. Pablo en el hecho de exhortar á los fieles á que obedezcan á sus preladados, les da la leccion mas perniciosas. No podemos concebir como pudieron preocuparse con ideas tan desatinadas unos hombres tan ilustrados y de tanto talento.

Tal es sin embargo el método con que los centuriadores de Magdebourg, Basnage, Fabricio, Le Clerc, Mosheim, Turretin y otros trataron la *historia eclesiástica*, y en estas fúerzas impuras behirieron sus conocimientos históricos nuestros filósofos modernos. Buscaron de intento el veneno para tomarlo y emponzoñar á sus lectores. Los protestantes no pensaban en formar semejantes prosélitos: no reflexionaron que desacreditaban el cristianismo á los ojos de los incrédulos, desfigurando el cuadro de la Iglesia romana. Al contrario, cuando tratan de la *historia* de su pretendida reforma, todas las cosas cambian de aspecto, todos los ministros son sabios de primer órden, prudentes y héroes: todos los medios son legítimos, y todas las intenciones puras y rectas. Los eclesiásticos y los frailes, que antes desu apostasia eran hombres ignorantes, estúpidos y viciosos, no bien abjuraron su antigua fe, cuando se convirtieron en apóstoles completos.

Lo mas singular es, que estos mismos historiadores protestantes en sus sabios prólogos no acaban nunca de cacarear la equidad, la sinceridad, la imparcialidad y el odio contra todo espíritu de secta ó de partido: se tratan á si mismos las mas bellas y perfectas reglas, y apenas toman la pluma, cuando todas las infringen, y en casi todos los artículos de este *Diccionario* que pertenecen á la *historia eclesiástica*, nos vemos precisados á reprehender sus preveniciones y á combatirlas.

¿Cómo podremos creerlos, si nunca los vemos de acuerdo consigo mismos? No hay apenas un solo hecho en la *historia eclesiástica* de los tres primeros siglos presentado de un mismo modo por los escritores de las sectas protestantes. Los calvinistas lo refutan todo, todo lo envenenan, y no ven los hombres ni los acontecimientos, sino con los ojos

obcecados por el odio mas profundo. Los anglicanos, menos fogosos, respetan la antigüedad, y se parecen mucho á los escritores católicos. Los luteranos buscan á tientas un medio contra las otras dos sectas; pero quieren no disgustar á la una ni á la otra, y tan pronto propenden al anglicanismo como al calvinismo. Despues de haberlos comparado á todos, ó es preciso caer en el pirronismo, ó consultar solo á la crítica y buen juicio. No podemos concebir cómo se atreven estos escritores á acusarnos de preocupacion, de prevención, de ceguedad sistemática y de estupidez, etc. Prescindiendo de nuestras luces, creemos haber probado en la mayor parte de las materias que merecen mejor que nosotros todas estas acusaciones.

**Hodegos.** Palabra griega que significa *guía*, y es el título de una obra que compuso Anastasio de Sinaíta á fines del siglo V, en la cual expone un método de controversia contra los herejes, singularmente contra los eutiquianos acéfalos. El célebre incrédulo Toland publicó con el mismo título una disertacion sobre la columna de nube que servia de *guía* á los israelitas en el desierto, que dirige sus marchas y campamentos, y alumbraba toda la noche. La intencion de este escritor fué el probar que este fenómeno nada tenia de milagroso, y que era una especie de lámpara colgada del remate de un palo largo. En el artículo *Nube* refutaremos este necio delirio.

**Hofmanistas.** Sectarios de Daniel Hofmann, luterano y profesor de teología en la universidad de Helmstadt. El año 1598, fundado en algunas opiniones particulares de Lutero, sostuvo este teólogo que la filosofía es un enemigo mortal de la religion, y que lo que es verdadero en filosofía, regularmente es falso en teología. El célebre Bayle renovó en cierta manera esta opinion, empuñándose en sostener, que muchos dogmas del cristianismo no solamente son superiores á las luces de la razon, sino tambien contrarios á ella, sujetos á dificultades insolubles, y que es preciso renunciar á las luces naturales para ser verdadero creyente. La opinion de Hofmann suscitó muchas disputas, y causó muchas turbulencias en las escuelas protestantes de Alemania. Para calmarlas, el duque de Brunswick, despues de haber consultado á la universidad de Rostock, obligó á Hofmann á retractarse públicamente, y á enseñar que la verdadera filosofía no se opone á la verdadera teología.

Acusan tambien á este profesor ó á sus discípulos de haber enseñado, como los antiguos gnósticos, que el Hijo de Dios se hizo hom-

bre sin haber nacido del seno de una mujer, y de haber imitado á los novacianos sobre la imposibilidad del perdón para los que recaen en el pecado, ó para los pecadores reincidentes. Este es uno de los ejemplos del libertinaje de entendimiento á que se entregaron los protestantes despues que sacadieron el yugo de la autoridad de la Iglesia. *Historia eclesiástica, siglo XVI, secc. 3.ª, part. 2.ª, cap. 1.ª, § 13.*

**Holocausto.** Palabra formada del griego *holos*, que quiere decir *todo*, y *sacrificia*, que significa *quemado*; era un sacrificio en que toda la víctima se consumia por el fuego; se distinguia de los otros sacrificios en que comian la carne de la víctima los asistentes. El objeto del *holocausto* era reconocer y manifestar el supremo dominio de Dios sobre todas las criaturas vivientes.

No por eso los que le ofrecían estaban en la persuasion de que la Divinidad se nutria ó se lisonjaba con el humo y el olor de las carnes quemadas. Este error grosero de los paganos nunca se ofreció á la imaginacion de los adoradores del verdadero Dios, y se reprobaba expresamente en los libros sagrados. *Salm. xlix, 13; Isaias, i, 11*, etc. En ellos se repite con frecuencia, que Dios no atiende sino á los sentimientos del corazón. Así, cuando se dice que Dios recibió como buen olor el *holocausto* que le ofreció Noé despues del diluvio, *Genes. viii, 21*, es una metáfora, que quiere decir, que agradaron á Dios los sentimientos de gratitud que manifestaba Noé por medio de este sacrificio, por haber salvado la vida á él, á su familia y á los animales; cuando Dios dice á los judios por sus profetas que está disgustado de sus sacrificios é inciensos, *Isaias, i, 12; Jerem., vi, 20*, etc., les da á entender, que no puede agradecerle un culto puramente exterior, cuando tienen el corazón lleno de crímenes los que se lo ofrecen. Por eso David pide al Señor, que le perdone sus faltas, y conceda gracias á su pueblo, para que le sean agradables los sacrificios que le ofrecieren. *Salm. i, 21.*

Como los sentimientos interiores de religion no se pueden conservar mucho tiempo en el corazón de los hombres, ni comunicarse á sus hijos sin expresarlos frecuentemente por medio de signos sensibles, el culto interior solo no es suficiente; son indispensables los sacrificios, las ofrendas, y las ceremonias para recordarnos que Dios es dueño absoluto de los bienes de este mundo; que debemos estarle reconocidos cuando nos los concede, pacientes y sumisos cuando nos los quita; tal era el sentido de los *holocaustos*.

Parece, sin embargo, que los escritores sagrados dieron alguna vez á esta palabra un sentido mas extenso, en el cual significa toda especie de culto y de ofrenda. Así, cuando Naaman promete al profeta Eliseo que no volveria á ofrecer mas *holocaustos*, ni víctimas á dioses extraños, sino solamente al verdadero Señor, *lib. 4 de los Reyes, v, 17*, quiere decir, que no dará en adelante ninguna especie de culto á los dioses falsos. En este mismo sentido el profeta Oséas, *xv, 3*, y S. Pablo en la *Epístola á los hebreos, xiii, 13*, dan el nombre de una *victima* á las alabanzas y acciones de gracias que ofrecemos á Dios. V. SACRIFICIO.

**Hombre, Naturaleza humana.** Pertenece á los filósofos describir al hombre segun puede conocerse á sí mismo por el sentimiento interior y por la reflexion; pero un teólogo debe considerarle segun las ideas que de él nos ofrece la divina revelacion. Ella nos le representa, no solamente como el mas perfecto de todos los seres animados, sino tambien como el rey de la naturaleza, para quien fueron hechas todas las cosas.

Habia Dios sacado de la nada el cielo y los astros, la tierra, las plantas y los animales cuando dijo: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, para que presida el universo.» Despues de haber dado el ser á un hombre y á una mujer, los bendijo diciéndoles: «Creced, multiplicaos, y llenad la tierra con vuestra posteridad, someted á vuestras leyes todo lo que respira, todo se hizo para vosotros.» *Genes., i, 26.*

Los otros escritores sagrados usaron del mismo lenguaje: el Salmista, penetrado de admiracion y reconocimiento hácia el Criador, exclama: «¿Qué es el hombre, Señor, para que vos os ocupéis de él? Un débil mortal puede ser de este modo el objeto de vuestros cuidados? Poco falta para que le igualeis con los ángeles: vos le elevasteis al mas alto grado de gloria y dignidad: le hicisteis dueño de todas vuestras obras: todos los seres vivientes fueron sometidos á su imperio, y destinados á su uso.» *Salm. viii, 5.*

Acaso dirán que la Sagrada Escritura habló muchas veces del hombre en muy diferente sentido: el mismo Salmista dice en otra parte que el hombre no es mas que un poco de polvo, que es tan débil y tan efímero como una flor, que el soplo que le anima se exhala y no vuelve. *Salm. cii, 14*. Los lamentos y quejidos de Job sobre el destino desgraciado del hombre no son muy á propósito para persuadirnos de que nosotros somos en

la naturaleza unos seres muy importantes. *Job. iii, 3*, etc.

Pero la mayor ó menor duracion del hombre sobre la tierra no es lo que constituye la dignidad de su naturaleza; ¿de qué le serviria el vivir aquí abajo mucho tiempo, si no puede hallar sobre la tierra su verdadera felicidad? Le falta un bien que sea mas perfecto y mas durable; fué criado para Dios y para la eternidad. Por lo mismo, la miseria del hombre, como dice Pascal, es lo que prueba su grandeza: él siente esta miseria, la conoce, y espera el fin y un bien mayor despues de esta vida: es el único de todos los seres que conoce su destino futuro. Tambien era este el consuelo de Job: aguardaba su último dia como el jornalero espera el salario de su trabajo; *iv, 6.*

Por falta de este conocimiento degradaron al hombre los filósofos antiguos y modernos, que ni creen en Dios, ni tienen del hombre una idea mas favorable. Ellos no quieren confesar que el hombre fué criado á imagen de Dios, que los otros seres fueron hechos para él, ni que es de una naturaleza superior á la de los animales. Algunos han llevado su misantropia hasta el punto de sostener que la naturaleza trata mucho mejor á los animales que al hombre.

En cuanto al primer punto, es preciso que estos lógicos tan profundos no hayan experimentado nunca que tienen un alma; nosotros, que lo experimentamos, pensamos de una manera del todo diferente. El dominio que ejerce nuestra alma sobre la porción de materia que les está unida \* [S. Agustin definió al hombre: *Intelligentia corpore terreno et mortalitatis*], nos representa en alguna manera la accion omnipotente del motor del universo, etc. La multitud, la variedad, la rapidez de las ideas de nuestra alma, la fidelidad de su memoria y sus presentimientos del porvenir parecen aproximarla á la inteligencia suprema que de una mirada abraza todos los tiempos, todos los lugares y todas las revoluciones de las criaturas; la fuerza que tiene nuestra alma para arreglar sus voluntades, reprimir sus deseos y calmar los movimientos tumultuosos de las pasiones imita, por lo menos débilmente, el imperio que Dios ejerce sobre todos los seres; las miradas que sin cesar dirige sobre lo futuro, la extension de sus esperanzas y el sentimiento profundo de su inmortalidad, de que ella misma no puede despojarse, son las señales con que Dios le advierte que debe participar por gracia de la eternidad que él tiene por naturaleza; la Sagrada Escritura

por lo tanto no nos engaña cuando nos dice que hemos sido criados á imagen de Dios.

Entre los paganos no faltaron algunos que pensasen que el hombre fué hecho á imagen de los dioses; los animales, dicen, tienen la cabeza encorvada hacia la tierra; pero el hombre tiene su semblante vuelto hacia el cielo, y parece que mira de lejos la mansion que le fué destinada. Este pensamiento era sublime, aunque degradado por la idea que de sus dioses tenían los paganos: ellos no estaban ciertos de la suerte futura del hombre, y no supieron sacar de sus reflexiones las consecuencias morales que la revelacion seguian naturalmente. Solo la revelacion confirmo nuestra fe y desenvolvió sus consecuencias. Ella es la que verdaderamente nos enseña que la imagen de Dios se desfiguró en nosotros por el pecado; pero tambien nos enseña que Dios se ha dignado restablecerla, y aun añadirle algunos nuevos rasgos. Por la encarnacion del Hijo de Dios la naturaleza humana se unió sustancialmente á la Divinidad; el hombre redimido se hizo por gracia Hijo de Dios mucho mas perfectamente que lo era por la creacion. « Ved, dice S. Juan, que amor nos manifestó nuestro Padre dándonos el nombre y la cualidad de hijos de Dios.... Nosotros estamos seguros de que cuando se nos presente seremos semejantes á él, porque le veremos como es en sí. Todo aquel que tiene esta esperanza, queda santificado de la misma manera que él es santo por sí mismo. » *Epist. 1.ª de S. Juan, m. 1.*

Tambien los SS. PP. se dedicaron á porfía á ensalzar la nueva dignidad á que Dios elevó al hombre por la encarnacion, y á inspirarle por ella un noble orgullo. « Reconoce, ó cristiano, dice S. Leon, tu dignidad, pues que eres participante de la naturaleza divina; no te envilezcas mas con vicios ajenos de tu carácter. Acuérdate de quién es tu cabeza, y de qué cuerpo eres miembro. No te olvides de que libre del poder de los tinieblas fuiste ilustrado con la luz de Dios y destinado á su reino. Por el bautismo te hiciste templo del Espíritu Santo; no alejes de ti mismo por el pecado un huésped tan augusto, y no vuelvas á caer en la esclavitud del demonio. El precio de tu redencion es la sangre de Jesucristo; él te redimió por su misericordia y te juzgará en su justicia. » *Serm. 1.ª de Nat. Jordani.*

Es falso, dicen los incrédulos, que Dios haya destinado á las demás criaturas para las necesidades del hombre, porque el uso que hace de ellas regularmente es arbitrario, superfluo y desatregado. Crió Dios á los ani-

males para satisfacer la voracidad del hombre, pudiendo él nutrirse con vegetales? Fueron hechos los caballos para que le sirviesen de cabalgadura, porque no quiere andar á pié? Los lobos comen los carneros, como el hombre; sin embargo, no se sigue de aqui que Dios crió los carneros para el lobo. Los caprichos y la sensualidad del hombre no pueden ser una prueba de la sabiduria y de la bondad de Dios.

*Respuesta.* Convenimos en que es preciso distinguir en el hombre las necesidades reales é indispensables de sus necesidades facticias y de sus gustos arbitrarios. Dios le crió con absoluta necesidad de alimentos, y sería un desatino el pensar que no le destinara ninguno: le dió la facultad de nutrirse con diferentes especies de alimentos; y si no puso ninguna excepcion, se sigue que Dios se los destinó todos. Hay climas en que la tierra nada produce, y por consiguiente no se puede vivir de vegetales; sin embargo Dios no prohibió al hombre el que fuese á vivir á estos climas; luego tampoco le prohibió el que viviese de pescados ó con la carne de los animales. Al contrario, una prueba de que Dios quiso que todos los climas fuesen habitados por los hombres, es que no hay ninguno en que el hombre no pueda hallar alguna especie de alimento. En el mismo hecho de producir animales voraces, que no pueden vivir con vegetales, sin duda quiso Dios que subsistiesen con la carne de los animales de otras especies.

Siendo el hombre un ser libre, capaz de gustos arbitrarios y de necesidades facticias, puede además de lo necesario proporcionarse algunas superfluidades, y aun abusar de los beneficios de la naturaleza. Dios previó este abuso, y no dejó por eso de proveer con abundancia á sus verdaderas necesidades. Porque nos dió mas que lo necesario, no se sigue que esto necesario no nos fué destinado. La liberalidad de Dios para con el hombre, aunque excesiva, si se quiere, no es un motivo para poner en duda su sabiduria y su bondad. Atendió bastante á cuidar del orden, y si hay abusos solo al hombre deben atribuirse. Con razon, pues, dice el Salmista: « Habiéis puesto bajo el poder del hombre los animales domésticos y los silvestres, las aves del cielo y los peces del mar. » *Salmo vii, 8.*

Los incrédulos no quieren con todo esto confesarlo, porque tambien hay animales feroces y temibles al hombre: en el artículo ANIMALES se hallará disuelta esta dificultad.

Pero, ¿en qué extravagancias no incurrió la filosofía? Plinio, que no creía ni en Dios ni

en la Providencia, trató de probar que el hombre al nacer es el mas débil, el mas estúpido y el mas infeliz de todos los animales: el cuadro que hace de nuestras miserias es una obra maestra. Y de esto, ¿qué se infiere? Cuatro grandes verdades que ha sabido deducir este sabio naturalista.

1.º Que el hombre no nació para vivir solo, sino para vivir en sociedad: todo necesita aprenderlo; pero los autores de su ser están prontos á enseñárselo todo: solo, es muy débil; pero auxiliado por sus semejantes se hace dueño de la naturaleza: sufre al principio; pero la piedad que inspira á los demás le asegura recursos contra sus padecimientos: hé aqui tres vínculos de la sociedad; mas nada de esto se ve entre los animales.

2.º Se sigue que el hombre no obra solamente por instinto como los animales, sino por razon y por experiencia: sus conocimientos y su industria pueden aumentarse sin cesar; pero los de los animales permanecen casi en el mismo punto en que estaban cuando nacieron. Perfeccionar su razon es un placer que puede gustar solo el hombre.

3.º Que el hombre es libre, y por lo mismo puede abusar de sus facultades, convirtiéndolas en su propia desgracia. Está sujeto á las pasiones; pero es dueño de sí mismo, y por esto solo á él toca reprimirlas, y entonces gusta y experimenta los consuelos de la virtud, de que son incapaces los animales.

4.º Se sigue que nuestra felicidad no está en este mundo, y que debemos esperar otra vida. Asi, lo que Plinio llama *superstition*, esto es, la perspectiva del sepulcro, el deseo de existir despues de la muerte y todas las demás verdades que este filósofo nos achaca como extravagancias, únicamente anejas á nuestra naturaleza, son cabalmente las que nos instruyen de nuestra suerte futura, y nos prueban que nosotros no morimos del todo como los animales.

Hé aqui cómo destina la filosofía en orden á la naturaleza del hombre cuando le falta la luz de la revelacion, y cómo deliran tambien nuestros filósofos modernos cuando cierran los ojos á esta luz, haciéndose aun mas criminales que los antiguos que no la conocian. ¿Cuál es el fruto que han sacado de ella en todos tiempos? Una profunda tristeza, la misantropia, un disgusto mortal de la vida y una estúpida admiracion del suicidio.

Si se le pregunta: ¿de dónde salió el hombre? ¿existió siempre ó fué producido en tiempo? ¿varió, y variará siempre? Estos grandes talentos están en la precision de

confesar que nada saben, que no es dado al hombre conocer su origen, penetrar la esencia de las cosas y subir hasta los primeros principios. Si la filosofía es ciega y muda para nosotros en unas cuestiones tan interesantes, nada podemos hacer mejor que atenernos á la revelacion.

**HOMBRE VIEJO.** Esta expresion se halla con frecuencia en las *Epístolas de S. Pablo, c. 4.ª, v. 22; Colos., c. 3.ª, v. 9*: exhorta á los fieles á que se desmuden del *hombre viejo*, es decir, que renuncien á los errores y vicios á que estaban sujetos antes de su conversion, y que se revistan del *hombre nuevo*, esto es, de las virtudes, cuyos preceptos y ejemplos nos dió Jesucristo. *Roman., c. 6, v. 6*, dice, que nuestro *hombre viejo* fué crucificado con Jesucristo, y lo mismo repite en otras palabras, diciendo que los que son de Jesucristo crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias. *Galat., c. 5, v. 24*.

**HOMBRES BUENOS.** (V. BUENO).

**HOMBRES DE INTELIGENCIA.** Tomaron este nombre algunos herejes que aparecieron en Filadelfia, singularmente en Bruselas en 1411. Tuvieron por jefe á Guillermo de Hildensheim, carmelita alemán, y á Gil el Cantor, hombre seglar é ignorante. Estos dos sectarios se empeñaban en persuadir que eran favorecidos con visiones celestiales y con un auxilio particular de Dios para entender la Sagrada Escritura: anunciaban una nueva revelacion mas completa y perfecta que la de Jesucristo. La ley antigua fué el reinado del Padre, el Evangelio del Hijo, y una nueva ley la obra y el reinado del Espíritu Santo, en el cual gozarian los hombres de su libertad. Sostenian que se habia completado la resurreccion en la persona de Jesucristo, y que no habia otra; y que el hombre interior no se mancha con las acciones exteriores de cualquier naturaleza que fuesen; que acabarían algunas veces las penas del infierno, y que entonces se salvarían todos los hombres y hasta los mismos demonios. Se presume que esta secta era una rama de la de los begardos que poco antes habian causado mucho ruido.

Moshém habla de ella en su *Hist. ecles., siglo XV, part. 2.ª, § 4*; y tratando de favorecer á estos hombres, pretendidos *inteligentes*, dice arbitrariamente que enseñaron: 1.º Que no se puede alcanzar la vida eterna sino por los méritos de Jesucristo, y que todas las buenas obras no bastan por sí solas para salvarse. 2.º Que solo Jesucristo, y no los presbíteros, tiene la potestad de absolver de los pecados. 3.º Que las penitencias y las mortificaciones voluntarias no son de necesidad



para la salvacion. Extraña muchísimo el que Pedro de Ailly, obispo de Cambrai, hubiese condenado como heréticas estas proposiciones.

Este historiador trata de engañarnos con equívocos como todos sus hermanos los protestantes. Ni Pedro de Ailly, ni ningún doctor católico se acordó nunca de enseñar que las buenas obras, solas é independientes de Jesucristo basten para salvarnos; todos enseñaron bien contra los pelagianos que ninguna obra buena puede merecer la salvación, sino como imperada por la gracia, y que la gracia misma es efecto de los méritos de Jesucristo. En segundo lugar, que la potestad de absolver de los pecados es propia de Jesucristo, y que él mismo es quien la ejerce por el ministerio de los sacerdotes, por lo cual es un desatino el querer separar la potestad de los presbíteros de la de Jesucristo. En cuanto al tercer punto, condenado por Pedro de Ailly, sostenemos también, contra los protestantes, que es una verdadera herejía. V. PENITENCIA, SATISFACCION.

Basta que comparemos estas proposiciones sobre las penitencias voluntarias y las buenas obras, con lo que decian los pretendidos *intelligentes* que el hombre interior no se mancha con las acciones exteriores de cualquier naturaleza que sean, para que comprendamos el exceso de depravacion á que podia llevar á estos sectarios una moral semejante. Como en el siglo XV se hallaron hombres bastante corrompidos para enseñarla, no se debe extrañar tanto que los hubiese en los primeros siglos, y que los santos PP. reprendiesen á los gnosticos por estas máximas tan relajadas. Con oyrobio de los protestantes una de las sectas que salieron de su seno sostiene tambien esta perniciosa doctrina. Moshelm, siglo XVII, sec. 2, c. 2, § 23.

El carmelita Guillermo se vio precisado á retractarse en Bruselas, en Cambrai y en S. Quintin, donde habia sembrado sus errores, con lo que quedó disipada su secta.

HOMBRES DE LA QUINTA MONARQUIA. En tiempo de Cromwell apareció en Inglaterra una secta de fanáticos turbulentos, que decian que Jesucristo iba á bajar otra vez á la tierra para establecer un nuevo reino; y en consecuencia de esta vision trabajaban en trastornar el gobierno para confundirlo todo. Se fundaban en la profecía de Daniel, que anunciaba que despues de la destruccion de las cuatro monarquias llegará el reinado del Altísimo y de sus santos. *Dan., vii.* Por esta razon se llamaron estos insensatos *hombres de la quinta monarquía*. Moshelm, siglo XVII, sec. 2, part. 2, cap. 2, § 22.

**Homicidio ó Asesinato.** Crimen del que quita la vida á su semejante sin autorizacion legitima. Es digno de notarse que el primer crimen cometido por uno de los hijos de Adan fuese el homicidio. Para darnos á conocer su enormidad, pronunció Dios contra Cain, homicida de su hermano, esta terrible sentencia: «La voz de la sangre de tu hermano Abel se levanta desde la tierra y llama venganza contra tí.» El mismo Cain conoce que merece la muerte y tiembla por las consecuencias de su delito. *Gen., iv, 10.* Despues del diluvio, hablando Dios con los hijos de Noé, prohíbe nuevamente el homicidio, por lo que el hombre fué hecho á imagen de Dios: que el hombre será derramada la sangre de quien declara que será derramada la sangre de Dios. *Gen., ix, 6.* Esta prediccion se cumplió en todos tiempos y en todos los lugares: un principio de equidad natural hizo comprender á todos los pueblos que la pena del talion es justa en semejantes circunstancias.

Pero si fuese cierto, como pretenden los materialistas, que el hombre no es mas que un poco de materia organizada, y que no pertenece á sus semejantes sino por la necesidad, no habria entonces otra ley, ni otro deber, que el del mas fuerte, y no vemos por qué seria mas culpable el que matase á otro en un momento de cólera, que el que mata á un animal.

En la ley que Dios intimó á los israelitas por el ministerio de Moisés, se prohibe tambien el homicidio. Por lo mismo, se infiere que Dios prohibió toda especie de violencia capaz de ofender al prójimo en su persona, quitarle la salud ó las fuerzas, y causarle dolor, lo cual se explica con mas claridad en otras muchas leyes que hizo añadir al Decálogo. Finalmente, Jesucristo no se contentó con renovar la misma ley, sino que prohibió la cólera y la venganza; éste era el único medio de prevenir la violencia y el homicidio entre los hombres. *Mat., v, 21.* Este crimen es tambien mucho mas comun en los pueblos sin religiosos que en las naciones cristianas. Jesucristo instituyendo el bautismo, y la Iglesia estableciendo las exequias y pompa fúnebre, trabajaron con mas eficacia en asegurar la vida de los hombres, que los legisladores fulminando penas contra los homicidas. El nacimiento de un hombre, como su muerte, son dos acontecimientos, cuya publicidad debe estar bien afianzada: la religion camina de acuerdo con la mas sana política sobre este punto esencial.

Por hacernos despreciar este beneficio, los

Incrédulos de nuestro siglo exageraron el número de los homicidios que se cometieron por motivo de religion desde el principio del mundo hasta nosotros, singularmente entre judíos y cristianos, y se atrevieron á asegurar que este frenesí no se habia notado en los otros pueblos del mundo.

En nuestro *Tratado histórico dogmático de la verdadera religion, 3.ª part., c. 8, art. 1, § 17* y siguientes, creemos haber demostrado la falsedad de este argumento en todas sus partes. Allí hemos probado: 1.º que el cálculo de los *homicidios* publicado por nuestros adversarios es falso y exagerado en mas de la mitad; 2.º que en la mayor parte de las guerras, tumultos y violencias á que se entregaron los pueblos, la religion solo entró como pretexto, y las verdaderas causas fueron las pasiones humanas, la envidia, la ambicion, los odios nacionales, el resentimiento, el espíritu de independencia, en lo cual convienen muchos incrédulos de buena fe; 3.º que casi no hay ninguna nacion á quien no se pueda hacer el mismo argumento: hemos citado el ejemplo de los asirios, de los persas, de los sirios, de los griegos, de los romanos, de los galos, de los germanos, de los árabes, y de los mahometanos; se pudiera añadir tambien el de los tártaros; 4.º que aun concediendo á los incrédulos por un momento todas sus suposiciones y cálculos por falsos que sean, todavia es evidente que los motivos de la religion, y la caridad que esta inspira, conservaron mas hombres que los que pudo nunca destruir el falso celo religioso. Es una injusticia absurda y maliciosa el atribuir á la religion los crímenes que ella misma prohibe, y no contar en su favor los bienes que manda y hace practicar. Seria demasiado largo para éstarle ligero el pormenor de las pruebas que hemos alegado.

En la mayor parte de las naciones antiguas, aunque fuesen las mas civilizadas, el aborto voluntario, la muerte de los hijos mal conformados, la libertad general de exponer á todos los hijos, los combates de gladiadores para divertir al pueblo, y la muerte de los esclavos ó la crueldad de dejarlos perecer no se miraban como crímenes inhumanos. No es la filosofia, sino el cristianismo quien corrigió estos desórdenes destructores de la humanidad. ¿Cuándo llegará el dia en que veamos desarragado el frenesí de los desafíos particulares entre nosotros á pesar de las leyes? ¿Puede un falso punto de honor compensar la nota de infamia unida al homicidio? ¿Acaso un militar tiene menos obligacion de ser cristiano que de ser hombre de honor? La reli-

gion en otro tiempo supo dulcificar la ferocidad de los bárbaros, y en el dia no puede hacer racional una nacion civilizada. Los incrédulos acusan á la religion de su impotencia sobre este punto, pero su filosofia no es mas eficaz, y las leyes civiles no obran tampoco con mas ventajas. Para que la religion reforme á los hombres, es preciso que principien á creerla.

**Homilía.** En su origen esta voz griega significó una asamblea; posteriormente se han designado con ella las exhortaciones y los sermones que los pastores de la Iglesia hacian á los fieles en las asambleas de religion.

Este nombre, dice M. Fleury, significa un discurso familiar, como la palabra latina *sermo*, y se llamaba así á los discursos que se hacian en la Iglesia, para manifestar que no eran arengas y discursos de aparato, como lo de los autores profanos, sino conversaciones como las de un maestro con sus discípulos, ó las de un padre con sus hijos.

Casi todas las *homilias* de los PP. griegos ó latinos fueron hechas por obispos; no las tenemos de los asirios, de los persas, de los de Teruliano, porque en los primeros siglos no se acostumbraba á hacer predicar á los simples sacerdotes: si se permitió á Orígenes, de quien tenemos *homilias*, fué por un privilegio y una distincion particular. En el siglo IV san Juan Crisóstomo, y en el V san Agustín, predicaron tambien antes de ser elevados al episcopado, en razon de los superiores talentos que se les reconocian.

Focio distingue una *homilía* de un sermón, en que la primera se hacia familiarmente por los pastores que interrogaban al pueblo, y eran preguntados por él, como en una conferencia; en lugar de que los sermones se hacian en el pulpito, á la manera de los antiguos oradores.

En general, los protestantes han manifestado muy poca estimacion á las *homilias* de los PP.: dicen que son discursos hechos sin orden ni método, lecciones de moral vagas y superficiales, de las cuales ninguna es profunda, y si muchas exageradas y falsas. Por desgracia los incrédulos han hecho estos mismos cargos ó acusaciones contra los Evangelios y contra todos los escritos del nuevo Testamento. Los protestantes debian haber previsto esta aplicacion, y por lo tanto evitarla. Cuando sus predicadores hayan hecho practicar mas virtudes y obras buenas que los PP., entonces les perdonaremos la vanidad de creerse mejores moralistas. V. MORAL.

Moshelm, hablando de los esfuerzos que hizo Carlo Magno para reanimar en el Occi-

donte el estudio de la religion, le censura de dos cosas: 1.º de confirmar el uso en que ya se estaba de no leer al pueblo sino trozos separados de la Sagrada Escritura, que se llaman *las Epistolas y los Evangelios*; 2.º de haber hecho recopilar las *homilias* de los PP., á fin de que los sacerdotes ignorantes pudiesen aprenderlas de memoria y recitarlas al pueblo; uso que contribuyó, dice Mosheim, á mantener la ignorancia y la pereza de un clero muy indigno de llevar este nombre.

Sin embargo, este crítico se ve obligado á convenir en que, atendido al estado de cosas en el siglo VIII, los cuidados de Carlo Magno eran tan útiles como necesarios, y que si no produjeron fruto, fué contra su intencion. *Hist. ecles., VIII siglo, 2.ª part., c. 3, § 5.*

En efecto: ¿que cosa mejor podia hacer Carlo Magno para sacar los ánimos del letargo en que estaban sumergidos? Es falso que los esfuerzos de este príncipe no hayan tenido otro resultado que el de aumentar la ignorancia y la pereza; se prueba lo contrario por el número de hombres instruidos que aparecieron en el siglo IX, inmediatamente despues de la muerte de Carlo Magno. El mismo Mosheim ha citado á Amalario, obispo de Tréveris; á Rabano Mauro, arzobispo de Maguncia; á Agobardo, arzobispo de Lyon; á Hilduino, abad de San Dionisio; á Egiham, abad de Selingstadt; á Claudio de Turin; á Freculfo, obispo de Lisieux; á Servato Lupo; á Floro, diácono de Lyon; á Cristian Druthman, Gotescalc, Pascasio, Radbet, Bertran ó Ratran, monje de Corbia; Ilaymon, obispo de Halberstat; Walafrido Strabon; Hincemaro, arzobispo de Reims; Ilaymon Heric, Regimiro, abad de Prum. No se habian visto tantos en el siglo VIII.

Se podia añadir á san Benito, abad de Aniano, en Languedoc; Amolon y Leidrades, arzobispos de Lyon; Jessé, obispo de Amiens; Dungal, monje de San Donisio; Jonas, obispo de Orleans; Halton ó Alton, obispo de Basilea; Seduño, Ilibernes; Thegan, corepiscopo de Tréveris; Ansegisa, abad de San Vaudrille; Hilduin, abad de San Dionisio; Odon, abad de Corbia y obispo de Beauvais; Eneo, obispo de Paris; Anselmo, monje de Luxeuil; Pedro de Sicilia, Ugelard y Abbon, monjes de San German-des-Prés, etc. Muchos papas, que ocuparon la santa sede durante este siglo, han probado con sus cartas que poseian las ciencias eclesiásticas. No es, pues, verdad que los medios empleados por Carlo Magno para reanimar el estudio de las ciencias hayan sido infructuosos.

**Homínícolas.** Los apolinaristas dieron en otro tiempo este nombre á los ortodoxos. Como estos sostenian que Jesucristo es Defendebios, y los sectarios de Apolinar defendian que el Verbo divino no tomó un cuerpo, ni alma semejante á la nuestra, acusaron á los católicos ó ortodoxos de que adoraban á un hombre, y los llamaban homínícolas. *Véase APOLINARISTA.*

**Homousianos. Homouianistas.** Los arrianos dieron este nombre por desprecio á los católicos, que sostenian que el Hijo de Dios es *homousios* ó consustancial á su Eterno Padre. *Véase CONSUSTANCIAL.* Hunerico, rey de los vándalos, que era arriano, dirigió un rescripto á todos los obispos *homouianos*, y algunos incrédulos modernos afectaron repetir este nombre.

Los arrianos llamaron tambien á los ortodoxos *homounionatas*, porque admitian en Jesucristo dos naturalezas, divina y humana. Los sectarios de Fotino fueron llamados *humunionistas*, porque decian que Jesucristo era un puro hombre.

Tambien se dió el nombre de *homounionistas* á los herejes que sostenian que Dios al criar al hombre le imprimió su imagen, no en el alma, sino en el cuerpo.

**Honorario de los ministros de la Iglesia.** V. CASUAL.

\* **Hopkinsianos.** Samuel Hopkins nació en 1724 en Watemburg, en el Connecticut; muerto en 1803 pastor de la primera Iglesia congregacionalista de Newport, llegó á ser el padre de una secta, á la que dió su nombre, y la cual tiene un colegio en Andover. Hé aqui su doctrina:

Toda virtud, toda santidad consiste en el amor desinteresado. Este amor tiene por objeto á Dios y á las criaturas inteligentes; porque se debe buscar y procurar el bien de estas en cuanto es conforme al bien general, que hace parte de la gloria de Dios, de la perfeccion y de la felicidad de su reino.

La ley divina es la regla de toda virtud y de toda santidad; esta consiste en amar á Dios, al prójimo y á nosotros mismos. Todo lo que es bueno se reduce á esto, todo lo que es malo se reduce al amor propio que tiene á sí mismo por último fin: es una enemistad dirigida contra Dios. De este amor desordenado y de lo que le halaga, nacen como de su manantial la ceguera espiritual, la idolatría y las herejías.

Segun Hopkins, la introduccion de los pecados en el mundo viene á producir un bien general, atendido á que sirve para hacer re-

saltar la sabiduría de Dios, su santidad y su misericordia.

Dios habia dispuesto el mundo moral sobre este plan: que si el primer hombre era fiel, su posteridad seria santa, y si pecaba, vendria á ser culpable. Pecó, y con esto fué, no la causa de nuestra caída, sino la ocasion de que nosotros imitásemos la suya; su pecado no se nos ha trasmidido. Del mismo modo la justicia de Jesucristo tampoco se nos trasfirió, de otra suerte le igualaríamos en santidad; sino que obtenemos el perdón por la aplicacion de sus méritos. El arrepentimiento, que precede á la fe en Jesucristo, puede existir sin la fe; mas esta supone el arrepentimiento segun las palabras de la Escritura: *Haced penitencia, y creed en el Evangelio.*

La necesidad de los filósofos es casi idéntica á la predestinacion de los calvinistas. La diferencia que hay entre estos y los *hopkinsianos* es como la que hay entre el principio y sus consecuencias. Los *hopkinsianos* desechan la imputacion, y en este artículo difieren de los calvinistas; mas admiten como ellos la doctrina de la predestinacion absoluta, la influencia del Espíritu de Dios para reengendrarlos, la justificacion por la fe, la concordia de la libertad y de la necesidad inevitable.

**Hora.** Hay una apariencia de contradiccion entre los evangelistas, relativamente á la hora en que Jesucristo fué clavado en la cruz. S. Marcos, xix, 25, dice que fué á la hora de terciá, y S. Juan dice que fué á la de sexta, xix, 14. ¿Cómo conciliar estas dos narraciones? Los incrédulos han metido mucho ruido con ellas.

Desde luego es cierto que los judios dividian el dia en doce horas, y que las contaban desde la salida del sol hasta su ocaso. *Jean., xi, 9*, dice Jesucristo que hay doce horas de dia. *Mat., xx*, se hace mencion de los jornaleros que el padre de familia envia á trabajar á su viña muy temprano, á la hora de terciá, á la de sexta, á la de nona y hacia la undécima. Estas horas, pues, eran mas largas ó mas cortas, segun el mas ó menos tiempo que el sol estaba sobre el horizonte. Mas como Jesucristo murió inmediatamente despues del equinoccio de la primavera, las horas entonces eran poco mas ó menos iguales á lo que son segun nuestra manera de contarlas, y el dia empezaba á las seis de la mañana. Los judios, además, dividian el dia en cuatro partes, de las cuales llamaban á la primera, *la hora terciá*; á la segunda, *la hora sexta*; á la tercera, *la hora*

*nona*, y á la última, *la hora duodécima*; y cada una de estas partes estaba marcada por la oracion, ó por un sacrificio ofrecido al templo.

Pero comparando la relacion de los cuatro evangelistas, se ve que á la hora de terciá, ó sea á las nueve de la mañana, fué Jesus entregado á los judios para ser crucificado. Así lo entendió S. Marcos cuando dijo que era *la hora de terciá, y que ellos le crucificaron*, es decir, que se prepararon á crucificarle. S. Juan no dijo que era *la hora sexta* cuando Pilatos entregó á Jesus á los judios, sino que era *cerca de la hora sexta*, porque iba á comenzar. Los otros tres evangelistas están acordes en suponer que Jesus fué clavado en la cruz á la hora sexta, ó sea al medio dia; dicen que la Judea se cubrió de tinieblas desde la hora sexta hasta la de nona, ó sea hasta las tres de la tarde, y que entonces Jesus, despues de haber dado un fuerte grito, espiró.

De aqui resulta solamente que los judios no se expresaban con tanta prevision como nosotros, y que los evangelistas no se esmeraron en guardar una exactitud minuciosa.

**HORAS CANONICAS.** Oraciones que se hacen en la Iglesia católica á ciertas horas, ya de dia, ya de noche, y que han sido arregladas y prescritas por los antiguos cánones en número de siete; á saber: maitines y laudes, prima, terciá, sexta, nona, visperas y completas.

Esta serie de oraciones se llamaba en otro tiempo el curso, *curso*. El P. Mabillon compuso una disertacion sobre el modo con que se desempeñaba este deber en las Iglesias de las Galias, y la tituló de *Cursu gallicano*: se hallará á continuacion de su obra de *Liturgia gallicana*. Observa que el oficio divino en los primeros siglos no era del todo uniforme en las Iglesias de las Galias, aunque poco á poco llegó á ser el mismo en todas ellas; que este uso de orar y de alabar á Dios muchas veces al dia y á la noche fué siempre mirado como un deber esencial de los clérigos y de los religiosos.

En efecto, S. Cipriano, hacia el fin de su libro de *Orat. Dom.*, observa que los antiguos adoradores de Dios tenian ya costumbre de orar á la hora de terciá, sexta y nona; y es cierto además que los judios distinguian las cuatro partes del dia por medio de la oracion y de los sacrificios. S. Cipriano añade: «Pero además de estas horas, observadas en toda la antigüedad, se aumentaron entre los cristianos la duracion y los misterios de la ora-